

Curb

**Un país de funcionarios y jubilados.
Guerra ideológica y la palabra autorizada**
lasdurastablas.substack, 19 de marzo de 2026.

Las elecciones en Castilla León han demostrado principalmente tres cosas. En primer lugar, que se profundiza la derechización de la sociedad española, incluso en una región ya tradicionalmente conservadora. En segundo lugar que los votantes que van a votar para evitar un gobierno de las derechas parecen estar ensayando ya, al menos en los territorios más difíciles -cosa distinta es en las naciones sin estado, pero con eso sólo no alcanza-, la *Unidad* y el *Frente Amplio* en torno al PSOE. Y en tercer lugar que el PP aguanta las acometidas de VOX, que se queda lejos de sus expectativas y parece aceptar una posición subordinada en la política regional, si bien ideológicamente sigue siendo quien marca el rumbo del bloque de las derechas.

El lunes se celebró la correspondiente reunión de dirigentes del Partido Popular para evaluar la situación y sus perspectivas. Isabel Díaz Ayuso, sin embargo, dedicó su intervención a otra cosa. Aunque no trascendió mucho en los medios de comunicación, [afirmó](#), refiriéndose al Gobierno de España:

“Quieren convertir España en un país de jubilados, funcionarios y subsidiados. Es un proyecto comunista que está desguazándolo todo”

No es un tono extraño en ella ni es en modo alguno de las acusaciones más duras que ha lanzado. Sin embargo merece la pena detenerse en este ataque particular y sus significados. Me parece que puede servir para pensar algunas de las razones del vigor de la ofensiva reaccionaria, así como de las enormes dificultades de las izquierdas para enfrentarlo.

Propongo analizarlo en dos niveles: ocuparnos en primer lugar de lo que dicen sobre el papel que el adversario le otorga a la guerra ideológica y en segundo lugar desentrañar las ideas fuerza que subyacen a esa afirmación, que son de gran calado. Por último, cerrar con una breve conclusión abierta sobre las tareas que el análisis realizado nos impone.

Cabe antes señalar que, por economía del lenguaje, al escribir “Ayuso” nos estamos refiriendo a la poderosa máquina de guerra ideológica de la cual Isabel

Natividad es una de sus más destacadas portavoces. Y que en Madrid comprende un poderoso ecosistema que va desde medios de comunicación, universidades, centros de difusión de ideas y programas culturales, hasta modelos fiscales, políticas públicas e incluso diseños urbanísticos.

1. Guerra ideológica

La primera consideración es quizás la más obvia. Los puntales fundamentales de la ofensiva reaccionaria, mientras achantan a las izquierdas acusándolas de “querer politizarlo todo” y de “meter contenido ideológico en todas partes”, le otorgan por su parte una evidente centralidad a la lucha de ideas y valores. De hecho esta preside todo su accionar, a la hora de repartir recursos, decidir políticas públicas, fijar prioridades o reaccionar ante cualquier noticia de la actualidad.

Ayuso es sin duda el mejor exponente de esta centralidad de la lucha ideológica. Libre de pretensiones intelectuales y de pudor, Ayuso es una muyahidin ideológica es pura ideología y puro choque. No tanto por su tono o la dureza de sus ataques, ni por la costumbre de no conceder nunca un milímetro y responder siempre a la ofensiva.

Lo relevante aquí no es el estilo, sino la firme decisión de representar cada discusión, por particular que sea, como la contraposición no de programas o de propuestas -¡mucho menos de datos!- sino de formas completas de entender la vida y estar en el mundo. Concepciones del mundo que además carga moralmente. Así, sus oponentes nunca tienen propuestas erróneas: tienen propuestas malvadas porque sólo pueden ser así cuando emanan de una forma perversa de ver el mundo, que ella denomina sin muchos matices *comunismo*. El grado en el que sus oponentes lo sean ya les coloca, de cualquier forma, a la defensiva.

Ningún asunto es particular sino que todos son leídos bajo la luz de un conflicto existencial entre el “comunismo” de rasgos y perímetro vaporoso, y la sociedad libre, que es aquella en la que las decisiones las toma el dinero. La concreción o el aterrizaje empírico de sus ejemplos es mucho menos importante que su poder evocador.

Es evidente que cuando dice que el Gobierno Sánchez sólo quiere “funcionarios, jubilados y subvencionados” está siendo escandalosamente hipócrita. Sabe -o quizás no, pero a los efectos es irrelevante- que uno de los motores económicos del Distrito Federal Madrid es la concentración en la región y la ciudad de cientos de miles de funcionarios de ámbito estatal con estabilidad en el empleo y sueldos medios o altos. Nunca ha tenido problemas, por otra parte, en honrar a policías y militares, que incluso reciben becas especiales para sus familias en la región.

Evidentemente sería contradictorio que tuviese prejuicios contra los servidores públicos alguien que lleva toda su vida en cargos públicos o pagados con fondos públicos. No digamos contra los “subvencionados”, siendo su Gobierno una nave nodriza de proyectos culturales y mediáticos, de cientos de personas, que sólo sobreviven gracias a una fidelidad generosísimamente recompensada con el dinero de todos los madrileños. Es evidente, por cerrar este paréntesis, que el fortín neoliberal madrileño es un claro ejemplo de modelo social que desvaloriza el trabajo y los salarios y en el que es mucho más rentable poseer que producir, por lo que la riqueza depende crecientemente del patrimonio y las rentas.

Pero todo eso, siendo cierto, es secundario. Cuando Ayuso dice “funcionarios”, cuando dice “subvencionados”, e incluso cuando dice “jubilados”, ella quiere decir otra cosa, otras gentes. No los suyos. Está ordenando jerárquicamente las posiciones sociales y definiendo cómo es el mundo.

2. Definir el mundo y la palabra autorizada

Llegamos así al corazón del discurso. A lo que realmente quiere significar. El Gobierno tiene un plan, un deseo, de hacer de España un país de “funcionarios, jubilados y subvencionados”. ¿Por qué querría un gobierno hacer tal cosa?

Porque es “un proyecto comunista que está desguazándolo todo”. ¿Para qué? Pues para permanecer en el poder. Y “funcionarios, jubilados y subvencionados” son los suyos, los únicos que pueden votar una aberración como el gobierno actual...porque viven de él.

Claro que se confunde aquí intencionadamente el gobierno con el Estado. Y claro que obvia, por ejemplo, a los constructores, a las empresas energéticas o a los bancos que viven gracias al respaldo y a las concesiones del Estado. En última

instancia no existe economía capitalista sin el soporte estructural del Estado, que en tiempos de crisis deviene intervención directa en la reordenación de los procesos “nacionales” de acumulación de capital- con un uso frecuente del militarismo. Pero eso son disquisiciones ajenas a nuestra muyahidin ideológica.

De lo que se trata es de estigmatizar a las bases sociales de la izquierda, denigrarlas. Son los que no podrían sobrevivir *ahí fuera*, en el mundo real. Y mundo real es evidente que significa de forma totalitaria, hasta una coincidencia que no deje un milímetro libremente, el mercado. Sólo gentes que están fuera del mundo, que no saben de él, que no podrían sobrevivir sin la respiración asistida del Estado, pueden albergar ideas tan nefastas como el *comunismo* que todo lo desguaza de Sánchez. Nadie debería prestar atención a una palabra ya tan devaluada por su origen.

Con esta operación, se hace coincidir lo que el mercado considera valioso con lo que la sociedad debe considerar valioso, hasta el punto de diluir la segunda en el primero. No se contesta esta operación denunciando que la propia Ayuso sólo ha vivido “de” lo público, pues esto contribuye a reforzar las mismas ideas. Que es el mercado, es decir, la suma de quienes tienen capitales que invertir y en la misma medida de su cuantía -no la suma de miembros de una sociedad- quien decide el papel y la prioridad de las cosas y las personas en nuestras sociedades. Las autoridades -que de democráticas sólo tienen haber obtenido más papeletas en una competición regular enormemente condicionada por estas condiciones estructurales- tienen como única función patrullar y subsanar estas relaciones “libres” de mercado, que se convierten “espontáneamente” en la traducción del poder social y económico de la oligarquía en poder político a su servicio.

Así, el discurso de la libertad y la no ideologización es el discurso de la naturalización del sometimiento de la comunidad política a los caprichos de los dueños del dinero. ¿Y quién puede oponerse hoy públicamente a este autoritarismo de quienes más tienen? Pues aquellos que tienen un salario o una prestación más o menos segura. Es decir, que son libres para manifestar su opinión en el trabajo, o en las redes sociales con un perfil no anónimo, o en la calle o afiliándose a un sindicato, sin preguntarse antes -o sin necesidad de preguntárselo, que los caminos de la cobardía humana son infinitos- qué le parecerá a sus jefes. Sólo alguien así, que vive fuera del mundo-mercado, tiene

el tiempo y la tranquilidad de acudir a largas reuniones, de poner su nombre en un manifiesto, de eso que en el franquismo se llamaba *significarse*.

Realmente el neoliberalismo, con la precarización general de las condiciones de trabajo y existencia, con su expulsión de todo derecho salvo el derecho de propiedad de los lugares de trabajo y de la economía, reinstauró una desigualdad política abierta. La de que sólo tenían tiempo, tranquilidad y seguridad para hacer política los notables. Esta desigualdad política no la eliminó el liberalismo sino el movimiento obrero, conquistando territorial y materialmente el derecho de los pobres a ser tratados con dignidad, a tener confianza en su palabra, a no ser intimidados por pronunciarla. Quienes hoy siguen enredados en la absurda distinción entre cuestiones materiales y cuestiones “identitarias” deberían recordar esto.

Pero hoy, reinstauradas las condiciones de la desigualdad política, Ayuso puede acusar con razón a la izquierda que sólo los *privilegiados* se pueden permitir el lujo de ser de izquierdas. En efecto: funcionarios, personal de ONGs, profesores, jubilados y estudiantes, forman el núcleo de las maltrechas militancias de izquierda. A las que quizás habría que añadir, siendo generosos, las “militancias asalariadas” de los partidos políticos progresistas. Ayuso en cualquier caso no sólo denuncia, sino que celebra: que las ideas de izquierda sólo las pueden defender a pecho descubierto los que están cubiertos por una cierta malla de protección social. Aún, a pesar de los intentos de Ayuso, que ahora se entiende a la perfección que trabaja para eliminar electores y activistas contrarios. No eliminarlos físicamente, sino simplemente eliminar sus condiciones y lugares de posibilidad. Así hay que entender también el ataque sostenido y permanente a la sanidad y la educación pública, todas las externalizaciones de las que son capaces, la hostilidad antisindical, el estrangulamiento de las universidades públicas madrileñas con especial ensañamiento en aquellas que han sido cunas de cuadros políticos de la izquierda radical.

Hay una cosa más. En el desprecio a los que aún se pueden permitir el lujo de ser de izquierdas hay también una conexión con el malestar de nuestra época. Como señala [Amador Fernández Savater](#), el malestar hoy se despliega sobre una subjetividad de muchedumbre atomizada, solitaria y a la intemperie, que sin embargo no tiene recuerdos ni referencias de hábitos, lugares o instituciones que le permitan procesar ese malestar en común y eventualmente transformarlo.

Sobre esa subjetividad el malestar está encontrando formas cercanas al fascismo de traducirse políticamente en resentimiento, adulación a los de arriba y crueldad con los de abajo. Y desconfianza generalizada hacia lo público, la palabra, la propia inteligencia. Como un pasatiempo para charlatanes que no saben lo que es la vida. Y lo que es *la vida* es la violencia cotidiana, el sometimiento y la humillación del mercado, naturalizados, excluidos de aquellos temas de los que la política se ocupa.

3. Los deberes

Así llegamos a la conclusión. Ayuso lo que está diciendo es que el Gobierno produce artificialmente las condiciones para que haya gente que pueda permitirse el lujo de sostener ideas que ella considera comunista. Y que por tanto hace falta un cambio político que acabe con todas esas medidas artificiales y con los invernaderos que permiten sobrevivir a especies políticas exóticas y anticuadas. De tal manera que la política quede definitivamente blindada como pasatiempo para notables, y que en todo caso las decisiones fundamentales para la vida se sigan tomando fuera de ella: en el derecho privado de los propietarios a hacer lo que quieran con su dinero y nuestras vidas. La virulencia de Ayuso no debería llamarnos a engaño: no embiste porque lo vea lejísimos, sino porque ve ya realizado en casi todas partes su ideal, con el viento de los tiempos a favor, y aspira a quitar de en medio los débiles obstáculos que aún identifica. Porque así es la vida, mercado.

Es fácil identificar que en un escenario como el descrito, para cuando se abren las urnas, o para cuando se encienden las cámaras o se ponen los tuits, la izquierda ya comienza *naturalmente* perdiendo. Eso solo se revierte, temporalmente, con una inmensa acumulación política de signo *popular*, no de izquierdas. Pero eso está muy lejos de las posibilidades inmediatas, por diferentes razones. Y en todo caso, para el medio y largo plazo, tenemos que enfrentar la pregunta fundamental pero difícilísima de en qué instituciones, hábitos, afectos y experiencias puede asentarse hoy- de cuáles puede partir, para no hablar en el vacío- una política radicalmente democrática y popular.